

El eterno problema: ¿Cómo diablos se hace un repertorio?

BELGICA CASTRO

¿Cómo conseguir un repertorio apropiado y cómo darlo al público en las mejores condiciones artísticas? Ese es el problema que han enfrentado y enfrentan todas las agrupaciones teatrales del mundo, desde Québec a Leningrado, desde San Francisco a Buenos Aires. Las circunstancias son siempre radicalmente diversas, y el papel que juegan las condiciones socio-económicas, es decir, el distinto enfrentamiento político al problema, es quizás el más importante.

En Europa, donde por conocidas circunstancias históricas una vigorosa tradición teatral hace de esta actividad una de las más florecientes de la vida cultural, y donde los grandes teatros (y en innumerable lugares, también los pequeños) están absolutamente financiados por el Estado, se observa el elocuente fenómeno de que en los países socialistas, por lo menos hasta donde alcanza mi conocimiento, el director de una institución teatral, funcionando con la mayor autonomía, como me ha tocado observarlo, no conserva su puesto si no es capaz de mantener la sala llena noche a noche. La Royal Shakespeare Company de Inglaterra mantiene siempre llenas sus diversas salas, tanto en Londres como en Stratford-on-Avon, pero tiene una pérdida de 200 mil libras por año. Al gobierno que mantiene a la Compañía, no le importa esta pérdida, que se ve varias veces compensada con las divisas que le proporcionan los turistas que en gran número van exclusivamente a ver teatro a Inglaterra. Pero estos son problemas y soluciones absolutamente alejados de nuestra realidad, que nos sirven sólo comparativamente para no perder de vista nuestros verdaderos objetivos.

¿Por qué hacemos teatro? ¿Por qué dedicarse a una actividad que parece superflua en una América que tiene tantos y tan candentes problemas sin solucionar? Para mí personalmente la respuesta es un sola: el teatro es el más directo y cálido de los medios de comunicación. No lo considero superfluo en absoluto sino necesario. Vi crecer en mi país de origen un movimiento teatral y toda una vida cultural y política a su alrededor.

Me he dedicado a esto toda mi vida, profeso la actividad, no la ejerzo, no podría hacer otra cosa y estoy convencida de que después de ver un buen espectáculo teatral, el 80% del público sale un poquito mejor, como ser humano, de lo que entró.

En América Central no existe una antigua ni sólida tradición teatral, y sin embargo en Costa Rica, al contrario que en los otros países del Istmo, la gente va al teatro. Y no sólo la clase media acomodada, como sucede en otras partes, sino todo el mundo: los dependientes de tienda, los porteros de los edificios, los empleados de los supermercados, las enfermeras y los dueños de tramos en el Mercado, sin distinción de niveles económicos ni



“Las hermanas de Búfalo Bill”
Teatro del Angel, 1979

culturales. ¿Por qué? Lo ignoro. Sería interesante un estudio sociológico del fenómeno. Que los especialistas hagan su trabajo. ¿No habrá un estudiante de Sociología que quiera defender en su Tesis que tenemos, proporcionalmente, más espectadores teatrales que en Moscú?

El problema clave para los teatros independientes como el nuestro, en que el movimiento de dinero que entra por boletería alcanza a los 600 mil colones al año, más una ayuda de 40 mil colones que nos proporciona el Ministerio de Cultura, con lo cual tenemos que sobrellevar absolutamente todos nuestros gastos —desde el alquiler del local hasta la compra del detergente— es que nos vemos restringidos casi siempre por el número de personajes en las obras que programamos. Y dedicando nuestro tiempo completo a mantener el teatro en movimiento, casi nunca podemos hacer las grandes obras de la literatura teatral que nos son tan queridas y conocidas.

Nos formamos en ese sistema, y, por lo tanto, nuestro mayor interés es dar a conocer obras que tengan un gran valor artístico y que en cierta medida orienten a los autores nacionales, al mismo tiempo que mantengan al público a la vez que entretenido, informado y al día sobre las diversas corrientes del teatro universal.

Por reiterada y antigua experiencia sabemos que cuanto más cantidad de estrenos se realicen, cuanto más diversidad de estilos se muestren, más pronto aparecerán los buenos autores nacionales, sin los cuales es imposible hablar de un movimiento teatral, pero que al mismo tiempo son primero el resultado de una actividad efervescente para ser luego el origen de un teatro nacional.

Claro que hay criterios y criterios. En general

podría decir que me he encontrado con tanta frecuencia en absoluto desacuerdo con los críticos que he terminado por no leerlos desde hace algunos años. Nunca en mi vida me ha ayudado la crítica periodística en mi trabajo, ni cuando es elogiosa ni cuando es adversa. Es mayor la ayuda y la orientación que me han proporcionado los directores, mis propios compañeros y aun el a veces agresivo, crudo y espontáneo ataque de un espectador ingenuo pero insatisfecho.

Y se supone que la crítica debería orientar sobre todo al público. ¡Menuda responsabilidad! Vaya un ejemplo pintoresco: En varias ocasiones hemos dado obras latinoamericanas. En dos oportunidades dimos dos que nos parecieron y nos parecen interesantes, elocuentes, oportunas y de calidad: “Pequeños Animales Abatidos” y “La Nona”. Haciendo la salvedad de que nos parece más universal, y por lo tanto más válida, la segunda. Según conversan y discuten mis compañeros, porque repito que en resguardo de mi placidez anímica y mi capacidad de trabajo me niego a leerlas, parece que las críticas fueron muy elogiosas para la primera y generalmente adversas para la segunda. ¿En qué mundo viven nuestros críticos? ¿Es tal su prejuicio o ingenuidad que suponen que la risa no es artística?

Si logramos hacer “Fausto” o “Seis personajes en busca de autor” o “The Elephan man” (sin título en español) el próximo año lo haremos para que el público conozca esas piezas de la mejor manera que nuestra capacidad nos permita y que nos siga y se entretenga, que es nuestro principal objetivo. (Seguramente algún crítico se horrorizará públicamente si llega a aparecer Mefistófeles en bikini).



“Los cuernos de don Friolera”
Teatro del Angel, 1977